

investigación, la historia de lo sucedido más allá del punto donde se interrumpe la relación del visitador. Pero explicarlo aquí sería frustrar la apasionante intriga que suscitan las peripecias de la visita de Valldigna a partir de 1665 y que es sin duda uno de los motivos —y no el único— para recomendar vivamente la lectura de esta obra. Cuando las librerías y los quioscos de nuestro país se pueblan de novelas históricas de variopinta

cantidad, el paciente y metódico trabajo de Fernando Andrés, Rafael Benítez y Eugenio Ciscar nos viene a recordar que muchas veces la cruda y desnuda realidad, magistralmente narrada, puede superar a la más imaginativa de las ficciones.

Ignasi Fernández Terricabras
Universitat Autònoma de Barcelona

JIMÉNEZ SUREDA, Montserrat (2006)
Girona, 1793-1795.

Guerra Gran i organització política a la monarquia dels Borbons.
Girona: Ajuntament de Girona, 2006. 637 p.

Thomas Hobbes en el siglo XVII decía que lo único que ningún estado, ni siquiera el Leviatán, puede hacer es obligar a la gente a matarse o dejarse matar. El vaticinio no ha sido clarividente: los estados modernos de primera fila han conseguido desarmar al pueblo y, además, repetidamente. Dicho de otro modo, han logrado trasladar el monopolio de los medios de coerción a sus propias instituciones. La subordinación y lealtad a los patricios ya era arqueología.

Girona, 1793-1795. Guerra Gran i organització política a la monarquia dels Borbons es una cifra analógica, una visión a escala de este fenómeno histórico extraordinario de que el estado ya no exige que sus súbditos se «quieran los unos a los otros», sino únicamente que cumplan con su obligación.

En Francia, los pasos que van de la primera reunión de los *états généraux* al nacimiento y debates de la *Assemblée nationale* se habían dado muy rápidamente; por tanto, la monarquía hispánica debía tomar medidas de precaución para atajar el «mal gálico». Los panfletos y las gacetas podían desplazarse más rápidamente que las personas y, a diferencia de ellas, podían estar en varios sitios a la vez. La información podía convertir la política republicana en proble-

más concretos y ofrecer soluciones rápidas a los individuos que, en la península Ibérica, querían participar en la difusión de la excitación revolucionaria. El conde de Florida-Blanca, entonces secretario de estado del despacho, tenía una idea fija: cómo no acabar, cómo no sucumbir, cómo prolongar su era. Temía la fiebre francesa y creó un cordón sanitario para filtrar rumores y noticias a lo largo de toda la frontera con Francia.

La ciudad de Gerona rehíerve de oficiales del estado mayor que vuelven de inspecciones fronterizas para reforzar guardias, rehíerve de rumores sobre escaramuzas con patrullas de la Convención, pero, sobre todo, se encuentra sobrecargada de milicias, implacables guardianes del estado, especialistas en los mecanismos más oscuros de la sedición, devotos de la verdad y taimados doctores en el interrogatorio. Durante el siglo de los lúmenes, la ciudad del Ter vive una vez más los inconvenientes de ser la *ante-muralla* del reino. De hecho, desde el sitio de Gerona de 1653, cuando el ejército había ocupado sin permiso muchas casas particulares y espacios sagrados, los burgueses y clérigos de la ciudad se habían conformado con ser «posaderos» involuntarios de soldados de caballería, dragones y oficiales. A esas alturas se habían acostum-

brado a cobrar sólo insustanciales promesas de indemnización.

Es muy difícil encontrar en la historia ejemplos de gobiernos que hayan ido a la guerra por otras razones que no hayan sido sus propios intereses nacionales. Esta lógica vale también para los regímenes revolucionarios. Francia no se lanzó a la guerra para exportar el proyecto ateuístico o las certezas de la Ilustración. Contar con enemigos exteriores, para los dirigentes republicanos, sirvió para unificar y hacer vano el riesgo de guerra civil. También los Estados Unidos de América, exactamente como la antigua Unión Soviética, tienen un poder que procede de una revolución ideológica, pero no somos capaces de indicar un solo episodio en el que hayan ido a la guerra exclusivamente para hacer el bien, a no ser que entraran también en juego importantes intereses nacionales.

La Gran Guerra no es en absoluto una excepción, pero, cuando el 23 de marzo de 1793, la monarquía hispánica respondió a la declaración de guerra de la Convención, los motivos parecen, a primera vista, poco utilitaristas y muy trascendentales. Gracias al control gubernativo, a la censura sobre la información, Manuel Godoy, nuevo secretario de estado, logró lanzar a la monarquía a la guerra. Vendió con habilidad razones morales, ideológicas y de liberación nacional. Convirtió la lucha contra la «Razón» en el verdadero *casus belli*. Nunca a lo largo de estos tres años los informadores informaron, ni los comentaristas comentaron, nada que hubiera podido ayudar realmente a la gente a entender lo que estaba pasando. En 1793, la guerra parecía tan justa y legítima que, en toda la península Ibérica, las adhesiones de combatientes voluntarios fueron muy altas.

El impacto emocional de los revolucionarios, que fue similar en todo el occidente europeo, no logra sorprender demasiado a la autora, que no desvía su atención hacia un presunto clima de generosa empatía hacia los Borbones. De un modo más realista, cree que, hasta cuando existe una esperanza de

victoria, la gente responde positivamente a la llamada del estado. ¿Quién apostaría a favor de la Primera República en contra de una coalición que sumaba a Inglaterra, Holanda, el Imperio, Prusia, Rusia, España y Portugal? ¿El siglo XVIII ha sido definido como el más «utilitarista» porque tenía que parir súbditos ingenuos?

En Gerona, la guerra y su prosaica realidad imponían onerosas condiciones a la convivencia cotidiana entre la población catalana y los militares. Los gremios de la ciudad reclamaron a la Real Hacienda un sistema defensivo adecuado y medidas para mejorar la inseguridad de las carreteras. Nadie prestó atención a estas peticiones. En los tiempos de los privilegios perdidos y de las represalias fiscales y económicas, el tejido comunal, gremial e institucional, después de casi un siglo, desde el Decreto de Nueva Planta, reclamaba nueva autonomía. Las prácticas «antiguas», siempre vivas, fueron mucho más que residuos anecdóticos.

Fue el factor C (C de «comunidad» o de «cooperación»), junto a una serie de economías de escala, el instrumento que permitió resistir a la falta de cereales, de aceite, a las subidas del precio de la carne y al frío intenso.

A finales de 1793, las tropas de Carlos IV, bajo el mando de tres grandes generales como Castelfranco, Caro y Ricardós, se estaban colapsando en los frentes de Rosellón, Navarra y Aragón. En los campamentos militares, en las trincheras y en muchas ciudades del Principado, cal viva y quinina ya no atajaban las enfermedades infecciosas y sus solapados microorganismos vectores, que se difundían entre «aglomeraciones humanas escasamente higienizadas».

A principios de 1794, la clase política catalana decidió desmarcarse de esta aplastante situación. Decidió no aceptar más las faltas y las discrepancias entre la legislación y la realidad en los temas que concernían a la hospitalidad de la tropa y a la exacción militar. Junto al número de heridos, en los hospitales militares, aumentaban los gastos para los servicios sanitarios.

Nadie quería sustituir el orden, el orgullo de los títulos de propiedad y la santa religión de Jesucristo por los «abominables preceptos» de los «bárbaros franceses». No se trataba de preferir los beneficios económicos o de sacrificar el honor nacional. Simplemente se pidió que Carlos IV permitiera las tradicionales formas ofensivas medievales. A partir de ese año, la guerra a la Primera República estuvo también organizada por el poder civil, los municipios y todos los autóctonos del Principado. Ciudadanos honrados, propietarios, clérigos, gente distinguida, nobles y patricios no sólo crearon una tropa de servicio continuo, sino que también se preocuparon de enviarla al frente y de sustentarla entre muchas dificultades. Las fuerzas civiles, sin duda, ayudaron mucho a La Unión, pero fue muy difícil emplearlas en acciones militares ordinarias que no fueran específicamente de guerrilla. A principios de 1795, Cataluña y su sistema de juntas generales formó una constitución política y militar del territorio. El autogobierno, con la aprobación real, logró alistar y sustentar a dieciséis mil personas útiles para las armas.

El alistamiento y el rearme de los catalanes pueden parecer la señal de una innovación, una nueva relación que se iba definiendo entre las guerras de los estados y las guerras dirigidas por particulares. En realidad, en el siglo que se cerraba, seguía dándose por sentado que los conflictos armados eran cosas de los estados. Montserrat Jiménez Sureda reestructura el mito de la población civil en armas que suplantó a los militares tradicionales y lo hace a partir de una evidencia: el control de las armas era muy estricto y los hombres se armaban sólo cuando se enviaban a la frontera.

La guerra, lo sabemos, es una demencial visión virulenta compuesta por saqueo de ciudades, aniquilamiento de poblaciones, pirámides de huesos y hectáreas de desolación. Por eso comprendemos el desánimo de los gerundenses a comienzos del verano de 1794. Gerona, que justo unos años antes era un enclave de primera línea, ahora pare-

ce un fuerte fronterizo, un pueblo de pocos millares de habitantes, donde el ruido de la vida cotidiana, el ruido que todas esas almas hacen en una calurosa tarde de inicios de verano, no cesa porque en algún lugar alguien grite. Sólo la continuidad de la vida cotidiana, con sus procesiones religiosas, con las charlas sobre los frutales que gimen bajo su carga o sobre cómo obtener terreno comunal para la siembra, son capaces de apartar las sensaciones de pánico.

En la Navidad de 1794, era ya casi imposible evitar que el alarmante giro de los acontecimientos no pareciera tan terrible. Bajo la triste visión de los desplazados procedentes de las zonas de guerra, de los animales de carga que empujaban carretillas, de los hombres y las mujeres que transportaban fardos a la espalda y llevaban a sus propios hijos cargados como bestias, era impensable no cuchichear, no hacer planes. Los refugiados habían dejado atrás sus hogares y se habían llevado las llaves de recuerdo. Al día siguiente, soldados forzaron las puertas, saquearon las casas, destruyeron los muebles, ensuciaron el suelo. Probablemente estas imágenes en las cabezas de nuestros desgraciados antepasados se sumaban a una eufemística expresión: «hasta que las cosas vuelvan a la normalidad».

El pueblo quería los años cómodos, años en que podía dormir tranquilo sabiendo que, con cotidianos esfuerzos, el mundo seguiría su inalterable curso. En una guerra real, el pueblo es siempre el primer protagonista que pierde la percepción de los antagonismos, de las banderas y de los ganadores. Cuando se derrama sangre, la gente reza intensamente porque, con sabiduría, sabe que, en una guerra real, no hay enemigos. La historia entre 1793 y 1795 atacó a esta sabiduría no aprendida. Probablemente no existió a lo largo de la frontera mujer que no hubiese visto en sueños la mano morena y peluda de un bárbaro francés revolucionario surgiendo bajo la cama para agarrarle el tobillo; ni tampoco cristiano ibérico que no se hubiera atemorizado con visiones de los bárbaros celebrando orgías en su hogar, rompiendo

platos, incendiando las cortinas y violando a sus hijas. Una vez en cada generación, incluso en la nuestra, siempre unos bárbaros provocan episodios de histeria colectiva.

Si lo pensamos bien, estas imágenes pueden ser sólo el producto de una excesiva tranquilidad, pero ¿la tranquilidad de quién, si el pueblo está inquieto y atemorizado? ¿Quién elabora enemigos a medias?

En el siglo XVIII, el sistema de poder se cimentaba en la existencia de ciertos nuevos protagonistas. Países que, por ejemplo, empezaban a desempeñar un papel de primera magnitud. Todos sabían quiénes eran y, en líneas generales, de qué lado estaban. Se sabía, además, cuáles eran las reglas del juego desde el fin de la Guerra de los Treinta Años. Se reconocía la autonomía y la soberanía de los estados individuales y se sabía en qué circunstancias era posible intervenir en los asuntos internos, qué se podía y qué no se podía hacer en política internacional.

Es cierto. El siglo XVIII fue un siglo de convulsiones, pero los monstruos que lo animaron eran tranquilos. La diferencia entre guerra y paz seguía nítida, las reglas del juego no se habían erosionado, el principio de no injerencia y la prohibición de cruzar las fronteras excepto en tiempo de guerra seguían allí. La regla madre no era la imposibilidad de hacer la guerra, sino el deber de declararla.

Muchos de los grandes negocios promueven la guerra y de la guerra viven. Los países que más armas tenían y vendían en el mundo del Antiguo Régimen eran los mismos países que tenían a su cargo la paz en Europa. Afortunadamente para ellos, la amenaza de la paz se había debilitado gracias a los bárbaros revolucionarios. Ya se alejaban los negros nubarrones, mientras el mercado de la guerra se recuperaba y ofrecía promisorias perspectivas de carnicerías rentables. Los negocios de guerra, los talleres que producían uniformes para los *miquelets* trabajaban tanto como las fábricas que elaboraban enemigos a la medida de sus necesidades. Desde el punto de vista de la economía, las

ventas marciales no se distinguían de la venta de alimentos. La toma de una ciudad o el derrumbamiento de un templo eran más bien inconvenientes desde el punto de vista de quienes estaban adentro. El mundo no era peligroso para todos.

Los canónigos del templo mayor de Gerona ya no se negaban a admitir que su mundo pudiera cambiar. Olfateaban a los invasores que ya habían expugnado Figueres, Roses y el estratégico castillo de San Fernando. Las ciudades catalanas eran el objetivo estratégico, los objetivos simbólicos: la ciudad como corazón del imperio, como cabeza de la nación, el rostro político del enemigo, la hembra que se tiene que conquistar.

Los canónigos temían el centralismo de la Convención, sabían que los revolucionarios aplicaban o, mejor dicho, extendían analógicamente e impetuosamente nuevos derechos, modificaban todo lo que se encontraba encima del territorio implicado. Para los religiosos, no se trataba sólo de la violencia de la artillería o de las bayonetas. Ellos temían una violencia mucho más activa e industrial: la violencia catastral. Esta violencia sin golpes de cañones ni incendios planificados había desnaturalizado la abadía de Cluny, que transformó, en 1792, en «cantera de la república». Por estas razones, se pusieron de acuerdo sobre unas cuantas cosas que fueron seleccionadas para ocultarlas. Talentos y objetos sagrados algún día podían servir para pagar una nueva casa del Señor.

No hay forma de escoger a una sola persona, una sola figura, que domine este libro, porque las diferencias y las desigualdades entre sus protagonistas son todas interesantes. A finales del siglo XVIII se hubiera podido escoger la imagen de un campesino: en aquel entonces, un ser humano típico era alguien que vivía de la agricultura. Se hubiera podido escoger a un burgués, un miembro de aquella clase que creció sin cesar en el transcurso del futuro siglo XIX. Debemos pensar qué escogemos. El libro parece apuntar a los religiosos del templo mayor de

Gerona, pero quedan todavía enormes extensiones del mundo humano del Antiguo Régimen. La infinita variedad de «símbolos humanos» del siglo XVIII y la rapidez con la que han cambiado en el transcurso de estos tres años de Gran Guerra hacen difícil la elección. Los libros de historia, a menudo, pueden suscitar dudas profundas y ser rechazados, pero, por ser sobre todo una obra coral, *Girona, 1793-1795* no sólo colma blancos, sana injusticias y desempeña una

acción propedéutica, sino que también aleja de la mente del lector apasionado todo tipo de sospechas de facciosidad. Éste es un libro que empieza y acaba respondiendo a las preguntas más elementales: ¿Quién está traficando con todo este dolor humano? ¿A quién da de ganar esta tragedia? La cara del verdugo está siempre bien escondida.

Antonio Marco Greco
Università degli Studi di Palermo